

EL REGRESO DE MARÍA TERESA

Volví al pueblo después de muchos años porque la casa se había quedado vacía, o eso me dijo mi madre por teléfono. No pregunté nada más. En los pueblos nunca se cuenta todo, una parte la descubres cuando llegas.

Nada más bajar del coche supe que algo no iba bien, y no fue por los rumores, sino por las miradas. Me saludaban de forma extraña, demasiado correctos y demasiado serios, como si todos supieran algo que yo estaba intentando olvidar.

En la comisaría me encontré con Rafael, mi expareja que ahora es policía. Me llamó por mi nombre completo, María Teresa León, y noté algo raro en su voz, como si estuviera comprobando si seguía siendo la misma de antes.

Una mujer apareció muerta junto a una acequia en las afueras. No era del pueblo y eso tranquilizó a casi todos, menos a mí. Rafael hablaba poco del caso, pero me miraba demasiado y hacía pausas como si esperara que yo añadiera algún dato que él no sabía.

Mi madre no preguntó por el crimen, solo quería saber si pensaba quedarme más tiempo. Cuando le hablaba tardaba en responder y su expresión cambiaba como si ocultara algo.

Una noche bajé al sótano porque escuché la lavadora y al abrirla, encontré una prenda húmeda con pequeñas manchas de sangre. Me quedé mirándola más tiempo del normal y sentí que aquello no era casualidad.

Le pregunté a mi madre de quién era y me dijo que mía no, después me dijo que no tenía importancia y cambió de tema demasiado rápido.

Al día siguiente el caso se cerró por falta de pruebas y nadie protestó. Rafael me lo contó sin mirarme y noté que sospechaba de mí.

La noche en la que me marché, mi madre me pidió que tirara una bolsa lejos del pueblo. No la abrí, quizá por miedo o quizá porque en el fondo ya imaginaba lo que podía haber dentro y me fui sin despedirme.

No sé quién mató a aquella mujer, pero en este pueblo los secretos no desaparecen, solo aprenden a esconderse mejor.